

# **Don Tomás Rueda Vargas,**

## **La nostalgia de aquella sabana**

**Escribe: PEDRO ACOSTA**

En la misma medida en que los hombres sustantivos de la Generación del Centenario van esfumándose en una memoria colombiana siempre más fugaz por la vertiginosa crónica contemporánea, sus valores se reafirman en la historia de nuestro siglo XX. El tiempo de su acción pertenece al pasado, aunque únicamente como individualidades que principiaron a abarcar su época tan pronto se inició cronológicamente este siglo, y para quienes, por lo mismo, cesó su ciclo vital unas décadas atrás. Pero su vigencia se mantiene indudablemente. Firme, inalterable, por lo cual demora aún la hora para un balance suyo que sea tan definitivo como pueda permitirlo lo relativo de todo juicio que, como tal, queda siempre bajo el entredicho del análisis. Seguimos bajo el signo del Centenario.

Más exactamente de esos valores que le son consustanciales y que marcan huella en este siglo colombiano. Su talante convivente, su vocación por la paz casi de un fanatismo que pudo revertir contra la paz misma, su arraigo en algunas formas del pasado que adquirirían rasgos caballerescos por un plácido ambiente vital tan reducido que lo convertía en familiar, y, al tiempo, su apertura al convulso universo exterior. Algo introspectiva y un tanto abierta, como generación que vivió y moldeó el tránsito de la nación de un siglo a otro. Del "país pastoril" al siglo XX, acogiendo una definición ya común pero que puede ofrecernos claves para su valoración, máxime en lo literario como pudo comprobarse recientemente al celebrarse cien años del nacimiento de don Tomás Rueda Vargas.

Si a alguien puede catalogarse como centenarista es precisamente a don Tomás. Centenarista por antonomasia. Ligeramente mayor que las figuras salientes de esa generación, habría podido participar más que ellos de ese tránsito de un siglo a otro que justifica la impronta que dejaron en la vida colombiana. Y la explica. Alcanzó el ocaso del XIX con su devastadora estela de guerras civiles que rematarían en el desgarramiento de Panamá, y su consecuente repliegue del alma nacional hacia un enclaustramiento mucho más estéril por imponerle ruinas sembradas en sangre. Un final del XIX sobresaturado así de una mediterraneidad que, en su caso, se reflejó en el apego a la Sabana de Bogotá hasta convertirlo, en cierta manera, en supérstite empecinado del “país pastoril” que el Centenario dejaría atrás. Pero que también le permitió ser testigo de ese tránsito de inmensos prestigios del culto literario, como los de Caro y Cuervo, hacia los iconoclastas del estilo de aquella hora como Valencia, mientras lejos de la Sabana el arte descuajaba sus conceptos y formas con audacias cuyos ecos traían los pinceles de Santamaría o la música de Uribe Holguín. A veces con retardo, hasta aquí, estos senderos bordeados por tapia pisada, con un silencio sedante e impregnados del aire bucólico, que don Tomás amó con una terquedad tocada de conservadurismo. Por extensión, el haberle reservado parte de esa ternura suya a la preferencia por una Bogotá que apenas transponía sus calles empedradas y sus casonas con solar y brevo, —aldea que prolongaba el campo, a los primeros tímidos intentos urbanos.

No deja de advertirse en su prosa ese tono añorante, cierta dosis de resistencia a las innovaciones. La reciedumbre castellana, especialmente en la mujer reservada a un trato galante, la simplicidad de las costumbres, la existencia sencilla de aquellos campesinos cuya inocencia iba en relación directa con una rutina elemental. Y el paisaje. Si en algún prosista alcanzó su apogeo el “país pastoril” es en don Tomás de lo cual se deriva un interrogante obvio. ¿Cómo, pues, prototipo de centenarista, si nunca rompió sus amarras con el “país pastoril” que ellos superarían como generación?

Los valores del Centenario que se reafirman en la historia de nuestro siglo XX rezan con su talante convivente y su lealtad a todo trance, tenaz, inquebrantable, por unos principios. La paz. La libertad. Se necesitaba una valentía tozuda para imponerlos tras el cúmulo de guerras civiles y odios heredados

que se tradujeron en la frustración que expandía un complejo unánime de culpa. Era lo único favorable esta aptitud forzada para la contrición, pero, igualmente, lo que contenía mayor capacidad de desaliento. La tarea que se imponen los centenaristas es quebrarlo anteponiéndole esa nueva fe suya que les abona su predisposición por las corrientes contemporáneas que consideraron más cultas. Naturalmente Europa, y, más que Europa, Francia, recuperando aquel hilo que se entrelazara desde los albores de la independencia. Y aún España.

La influencia de la generación del 98 surge poco menos que espontánea, porque su inquietud sustancial era igualmente la del reencuentro europeo. Renovar los verdaderos valores de la hispanidad pero volviendo al ámbito de Europa. En Cuba y Puerto Rico, con una cercanía demasiado próxima a esas costas colombianas entonces tan infinitamente distantes de la Sabana, el Imperio Español se había liquidado irreversiblemente. La similitud con la desmembración colombiana por Panamá corporizaba esta afinidad por desconciertos, a la cual tampoco era ajeno el rechazo tajante al espíritu teocrático que urdió la leyenda negra de España. Los centenaristas emergen y se consolidan más que nada por ese talante convivente, transaccional, que deriva con naturalidad hacia el diálogo y abomina de la intemperancia o las estridencias, confundiendo con ésta —inclusive—, la afirmación arrogante de las propias creencias.

Así el denominador común en la prosa de los centenaristas será la simplicidad que le da ese toque confidente, siempre en el tono menor de una charla privada. Si en alguien alcanzó cierta perfección espontánea fue justamente en don Tomás, como si se tratara de una conversación entre conocidos que se interrumpe sólo momentáneamente. Con aquel hilo conductor del intimismo bien fuera al elogiar los héroes de la Independencia y su epopeya, o, en un plano menos trascendental, al solazarse con los parajes sabaneros y sus inagotables asombros regocijantes. La similitud con Azorín se vuelve por ello un punto de referencia obligado que reafirma la influencia de la generación del 98. También en don Tomás de ese tono menor fluía un aire de apacible benevolencia, acorde inclusive con su retrato físico. La boína, cierto desaliño, un libro bajo el repliegue de la ruana que cae sobre el brazo cruzado... Se percibe el eco de un trote lento que le permitía leer a caballo con esa parsimonia tan sabanera,

deteniéndose a veces al amparo de los sauces llorones al borde de las quebradas.

Sólo con excepciones contadas, los escritores del Centenario están lejos de consagrarse mediante una obra integrada alrededor de un libro cardinal, o de varios. Una persistente labor periodística, trabajando sobre la crónica, esa cuotidianidad que sin embargo les permitía algún grado de profundidad, es otra constante que los identifica. Y a ella don Tomás tampoco fue ajeno. Muy al contrario, las suyas son prosas dispersas, notas de periódicos, charlas, artículos, pero que le ganaron el prestigio que algo trasciende después de su muerte, hasta la conmemoración de los cien años de su nacimiento. ¿Por qué este fenómeno, en vez de demeritar al Centenario, le mantiene su vigencia?

El talante centenarista terminó por ser el del país, o al menos de sus clases cultas e influyentes, con un atemperamiento y una medida que sustituyeron la intemperancia que marcará la historia del XIX, a veces con rastros de sangre y ruinas, y otras con elementos de indudable valor de creación. Precisamente a lo largo de la vida de don Tomás se confunden los restos de uno de esos momentos, —el del ciclo radical con su inspiración universalista y su curiosidad por Colombia, reflejada en la Comisión Corográfica o en la creación de la Universidad Nacional, y, ante todo, con la reafirmación del individualismo a ultranza—, con la hora de la consolidación de su antípoda que enclaustró a la nación, y el posterior imperio de la conciliación y su apertura al mundo. Al nuevo siglo... Los recuerdos demasiado inmediatos que enmarcaron su infancia, aquello que rodeó su toma de conciencia, lo que le tocó vivir, empatan toda esa época de transición a la que asistiera desde la Sabana de Bogotá. He aquí, quizá, la clave para que su tarea de cronista en algo trascienda.

En la historia de Colombia la Sabana ha jugado ese papel de acendramiento que tanto se ha anotado, y que irritara a Bolívar hasta llevarlo a clamar desesperado contra "los lanudos". Pero que, al mismo tiempo, colmó de matices la prosa de don Tomás. O la de Armando Solano, otro centenarista que conjugara, con mayor plenitud que don Tomás, aquella simplicidad espontánea con una gama de sutilezas tan característicamente afrancesadas. Ambos cantan esa placidez de la altiplanicie capaz de moderar los ímpetus que intentan el abordaje desde

la provincia arisca, vehemente. A partir de Bolívar es un común denominador que atempera a los caudillos supremos. Pero este escenario que sublima la égloga, erigió a lo largo de ese pasado tan amado por don Tomás, una barrera infranqueable. Aquí el refugio, de una intemporaneidad sedante. Al otro lado de los cerros, la novedad atropellada del mundo. ¿Esa Sabana, —aislamiento, intemporaneidad—, no perdería ese espíritu suyo con la desaparición de don Tomás y Armando Solano, aquellos dos centenaristas prototípicos?

Deja cierto sabor melancólico repasar una de las prosas de don Tomás más plena de evocación nostálgica, como es su relato sobre la conmemoración del centenario del nacimiento de José Manuel Marroquín. Nombre inseparable al de “Yerbabuena”, hacienda sabanera por excelencia que fue su casa y por cuyos senderos transcurriera desde la leyenda, con la desaparición de su madre, hasta la desmembración por Panamá. Allí se recluía José Manuel Marroquín para dar curso gozoso a su ánimo festivo, muchas veces con retruécanos y anagramas zurcidos con deleite mientras aquel episodio se aproximaba, prácticamente inexorable, para fundirse con él al final de sus días. “Yerbabuena” echa al vuelo sus campanas que eran las mismas de la colonia, prolongada en el trato con unción de la servidumbre. Sí. Era el espíritu de la Sabana, agónico ya en el declinar de la década de los veinte, y ante la inminencia de la hora esplendente del Centenario que terminaría por sustituir ese “país pastoril”. Y sin embargo don Tomás escogió la silla del hijo de esa casa, Lorenzo Marroquín, como la que nunca ocuparía en la Academia. ¿Por qué, si no estaba convencido de las calidades literarias de este Lorenzo Marroquín a quien, por el contrario, consideraba con una vocación de escritor frustrado como se patentizaría en “Pax”?

Ante todo, “Yerbabuena” era la Sabana. La que don Tomás seguiría amando y exaltando hasta compenetrarse con ella y su tiempo que apenas transcurre modoso entre palabras en tono menor, y su viento, diminuto, frágil, contra aquel verdor relajante. Erigía estas murallas imperceptibles pero inabordables para proteger el enclaustramiento que se empeñaba en conservar inalterables las formas y oficios que consagran el culto al pasado. La llamada hidalguía castellana, por ejemplo, reflejada en esa escogencia de la silla académica de Lorenzo Marroquín puesto que éste cargaba con un repudio tan persistente como

extendido. O la vocación pedagógica despojada de cualquier ínfula hasta convertirse en la elemental misión de maestro de escuela, con mucho del afecto paternalista que así mismo dimana de su prosa. La Sabana prestaba a esa suma de valores un escenario óptimo, el mismo que deslumbró a los Conquistadores después de la travesía por ese universo primigenio y encrespado de las selvas y que mitigaría el ímpetu de los Libertadores que la asaltaron desde los llanos, pletóricos en un primer día de la creación que se tornaba infinito. Desde este refugio, don Tomás puede mirar la historia que en buena parte le consta a él, personalmente, desde los recuerdos de su infancia que le traen el ocaso del Olimpo Radical, y esos otros recuerdos, vivos de apenas medio siglo, con el áurea heroica de las jornadas que sellaron la independencia, y los que rematarían luego con los prestigios literarios avasallantes de Caro y Cuervo y el emergente de Valencia. Es el cronista de todo aquello, o mejor, quizá, quien lleva al papel esas tradiciones orales con la difícil simplicidad de las tertulias que matizaban aquel tiempo sin apresuramientos.

Esencialmente una literatura añorante, aun en las notas sobre la cotidianidad, impregnadas de este ambiente de familia que se resiste a abandonar su casa grande desde cuyos portales miran socarrones las agitaciones del vasto mundo exterior. Otras figuras, como Baldomero Sanín Cano, mayor que los centenaristas, lo mismo que él, pero identificados con ellos, se atrevieron a la aventura de conocer ese mundo impaciente y de divulgar sus novedades en este "país pastoril" aislado, al que don Tomás se empeñaba tercamente en seguir reviviendo con sus escritos de aire coloquial, y en los cuales, por lo tanto, salta el único resabio zumbón en que incurrió, movido por la reticencia ante todas aquellas innovaciones.

Si alcanzarán a trascender aun mucho más allá del tiempo presente, es eventualmente tan impreciso, como lógica esta certeza de cuán firme se mantiene el sello del Centenario en nuestro siglo XX, con sus valores esenciales. Don Tomás y un pasado tan pretérito que antecedia al de los centenaristas, esa generación que encarna, pese a todo, por su talante convivente y su vocación de paz que le son tan inconfundibles. Don Tomás y aquella Sabana y su aislamiento recatado, que van sumiéndose en un recuerdo de silencios...